

Publicado en *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria) el 28 de agosto de 1997.

## DEL *BIMBAPE* ABORIGEN (QUE NO *BIMBACHE*) AL HERREÑO ACTUAL: PERVIVENCIA DE SU CULTURA

Maximiano Trapero

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Cuando los europeos redescubrieron las Islas Canarias en el primer Renacimiento, se las encontraron habitadas por unos hombres a los que dieron el nombre genérico de *guanches*, especificados después por nombres particulares, según cada isla. Los de El Hierro eran los *bimbapes*, allegados a la isla, según estimaciones de la arqueología más autorizada del momento, aproximadamente unos 500 años antes de nuestra era. Por tanto, los *bimbapes* habitaron en la «Séptima Isla» unos dos mil años, tiempo suficiente para configurar y desarrollar una cultura propia, netamente diferenciada de las del resto del Archipiélago, según demuestra la arqueología. Ello, por sí, no tiene nada de excepcional, si consideramos que desde la conquista, en sólo seiscientos años de hispanización, poco más de una cuarta parte de lo que fue el período guanche, la isla de El Hierro se distingue también netamente de la demás Islas, entre otras muchas cosas, en la lengua, con una modalidad dialectal que hace del herreño «el mejor hablante del castellano de Canarias», según expresión común y generalizada, incluso entre los especialistas.

Pero *bimbape* debe decirse al referirse al primitivo habitante de la isla de El Hierro, y no *bimbache*, como se quiere imponer desde la escritura y desde una interpretación etimológica caprichosa. El «inventor» de esa etimología fue el naturalista y erudito francés Sabino Berthelot, cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, él y otros varios como él se propusieron dotar de una «base científica» todos los aspectos relativos a las antigüedades de Canarias, inventando etimologías y orígenes indemostrables. Y después han seguido a Berthelot, aceptando su propuesta sin crítica alguna, cuantos han escrito sobre los habitantes primitivos de El Hierro desde la escritura, sin conocer los usos lingüísticos locales y sin tener en cuenta el valor prioritario que, en asuntos de lengua, tiene la tradición oral.

Dice Berthelot que el término *bimbache* deriva de la combinación de elementos *Ben-Bachir*, «que transformaron los españoles en *bimbachos*». Y en otro lugar: «Hemos llamado *Beny' Bachir* el pueblo que Galindo y Viera llamaron *Bimbachos*». Pues ni lo uno ni lo otro: ni Abreu Galindo menciona nunca esa voz, ni Viera dice *bimbachos* (sino *bimbaches*, como después cometaremos), ni menos los españoles que se instalaron en aquella isla han dicho nunca eso. Es frecuente esa ligereza en las citas de las fuentes históricas: ni Abreu, ni Espinosa, ni Torriani, ni las Crónicas primitivas de la conquista llaman así a los naturales de la isla de El Hierro; ni siquiera Viera en su *Historia*, a quienes llama, generalmente, *isleños*, *habitantes primitivos* o, simplemente, *herreños*. Una sola vez utiliza Viera la palabra *bimbache*, en su *Diccionario de Historia Natural*, al decir que «dos primitivos naturales o *bimbaches* habitaban en cuevas que llamaban *juacos*». Pero Viera fue en muchos casos un «corruptor» de palabras, unas veces transformando sin explicación alguna las grafías de los textos antiguos (como es el caso de *Garoe* o *Acerro*) y otras transcribiendo erróneamente formas tomadas de la tradición oral, como seguramente es el caso de *bimbache* y *juaco*. Pero no. Quienes han recogido estos términos de viva voz en la isla, desde el mismo siglo XVIII (como es el caso de Urtusásteguí) hasta la actualidad (como Álvarez Delgado, Barrera Álamo, etc.), sólo han oído las formas *bimbape* y *juaclo*, igual que nosotros.

La voz *bimbape* sigue viva entre los herreños. Incluso con una extensión de su significado de

aplicación al hombre actual: «Este es un bimbape» dicen de alguien que es rudo, torpe, desmadejado o bruto, o que tiene un comportamiento primitivo; o «¡Mira este bimbape!» para referirse a un animal (vaca, cabra, oveja, perro...) cuando hace algo imprevisto y que no es del gusto del amo. En todos los casos tiene un valor peyorativo: llamar a alguien *bimbape*, aunque sea sólo con el propósito de hacerlo descendiente de los aborígenes, es un insulto. Fernando Gutiérrez, de Taibique, a quien Dios ha llevado a su gloria recientemente, después de haber cumplido una vida larga y ejemplar, uno de los hombres más representativos de la vida tradicional de El Hierro, inteligente y sagaz, me comentaba que ellos querían ser más españoles que bimbapes: «El castellano —me decía Fernando— es ya gente, personal; los bimbapes eran unos brutos, unos salvajes». En esto, los herreños añaden a la voz *bimbape* un matiz semántico peyorativo que no tiene la voz *guanche* en el habla común de Canarias, ya que ésta, como dice Pancho Guerra, se aplica figuradamente al hombre corpulento y forzudo, por creer que eran esas las características más destacadas de los indígenas de las islas.

¿Quién utilizó por primera vez la palabra, los aborígenes para denominarse a sí mismos o los castellanos recién llegados a la isla para referirse a los aborígenes? Es razón consabida en los estudios antropológicos que los gentilicios son nombres que se aplican desde afuera para identificar a un pueblo determinado y distinguirlo de los otros pueblos. Lo lógico es pensar que el nombre de *bimbape* se lo aplicaran los españoles a los aborígenes.

¿Puede tener relación esta denominación con la voz *bimba*, 'piedra arrojadiza', que pervive también en el habla común de la isla? Muy posiblemente. Podría pensarse en un compuesto *bimba-pe* con un significado parecido a 'gentes que tiran piedras', como caracterización que los españoles les dieran, por ser ésa una de sus costumbres que más les llamaran la atención.

Son pocos los pueblos que, como el herreño, tienen tan cercana la prehistoria a su mundo actual. En las Islas Canarias el límite entre un tiempo y otro lo marca la llegada de los europeos, al comienzo del siglo XV: antes, la prehistoria; después, la historia. Pero si hubo entonces un repentino choque de culturas (un pueblo que vivía en el Neolítico con otro que estaba inmerso en el Renacimiento), sí hubo también después una mixtura de los dos pueblos y una influencia recíproca de sus dos culturas. Quienes afirman que después de la conquista castellana los bimbapes naturales (como los guanches del resto de las islas) se extinguieron, no tienen en cuenta que muchas de las costumbres de los primitivos siguieron practicándose sin apenas modificación hasta los tiempos más recientes. ¡Que se lo pregunten a los pastores más viejos que aún quedan en El Hierro, de El Pinar, de Sabinosa, de San Andrés! El pastoreo, por encima de cualquier otra actividad, pero no es la única que continúa la vida guanche. ¡Hasta han conservado, en parte, el léxico de los bimbapes en una medida asombrosa! A las ovejas y cabras las siguen distinguiendo, según los colores, con nombres guanches, como *firanca*, *cómbaca*, *ómana*, *jórana*, *mástuca* o *ambracásaca*; ellos mismos, los pastores, cuando permanecen en La Dehesa, viven en *juaclos*, como vivieron los bimbapes; como los primitivos, han usado hasta hoy los *majos* como calzado, y a su mochila la han seguido llamado *cairano*; los pastores de hoy han seguido vigilando sus rebaños desde las mismas *goronas* que construyeron sus antepasados bimbapes; algunos de sus ganados siguieron siendo *guaniles*, es decir, salvajes, como los de los guanches; muchas de las plantas que comen sus animales siguen conservando los nombres que les dieron los naturales de la isla: *tabaiba*, *calcosa*, *chirimina*, *tagasaste*, *sórame*, *julan*, etcétera. ¡Y qué decir de los innumerables topónimos que hacen de El Hierro una isla enigmática, plagada de nombres de exótica fonética: *Timbaromo*, *Guarasoca*, *Tajuntanta*, *Betenama*, *Timijiraque*, *Tenesedra*, *Asánaque*, *Tésera*, *Mencáfete*, *Bérote*, *Tembárgena*, *Tamájesa*, *Itámote*, *Ícota*...! ¿No tiene esa acumulación de esdrújulos resonancias homéricas? Muchas veces, cuando se escucha a los herreños nombrar los lugares de su isla, le parece a uno estar oyendo a gentes que hablan dos lenguas, como así es, en efecto, en el terreno de la toponimia.

Y no sólo en la toponimia. En muchos aspectos, en la isla de El Hierro, sobre todo en el ámbito

pastoril, no hubo una frontera nítida entre la prehistoria de los guanches naturales y la historia de los castellanos ocupadores; conquistada la isla —mejor sería decir ocupada la isla en algunas partes por los españoles—, la «españolización» de los naturales fue una obra lenta, de siglos, y no momentánea y definitiva: una tarea que se realizó paulatinamente y sin ruido de armas —hablamos de la isla de El Hierro, no de otras islas—, a base de lo que se llama modernamente transculturización; no se explicaría de otra forma la pervivencia de las formas de vida de los pastores, el léxico que hemos comentado y, sobre todo, el «tipo humano» guanche que, según René Verneau, pervivió en la isla de El Hierro con los caracteres más señalados en los finales del siglo XIX, cuando el antropólogo francés realizó su viaje por las islas.

«Sólidos, duros al mal y a la fatiga, sobrios y laboriosos» son los hombres de El Hierro, al decir de Verneau, pero, al mismo tiempo, «caritativos y hospitalarios, a pesar de su miseria». Estas cualidades de los herreños se han hecho proverbiales, sin duda por imposición de la tierra en la que han tenido que vivir, que ofrece tan poco, pero también por la continuidad de la noble raza aborigen. Son criados muy honrados, dirá de ellos Urtusástegui en el siglo XVIII, incansables en el trabajo, «sin comparación más que en ninguna otra parte». Y dirá más: «Ningunos otros tienen más amor a su Patria», de tal manera que cuando se hallan lejos de ella, «claman incesantemente por verla, que ellos llaman *tener deseo*». Los herreños —concluye Viera y Clavijo— «son como su propio país: duros, sanos y fecundos. Tienen los cuerpos bien fornidos, son blancos y rubios por lo común, frugales, sobrios, laboriosos y de natural compasivo».

No se trata de comparar, y menos de desmerecer a los demás isleños, pero algo habrá de verdad sobresaliente cuando a todos llaman tanto la atención las virtudes de los herreños. Y puesto que la isla ha vivido prácticamente incomunicada a lo largo de su historia, y que no hubo ruptura sino continuidad con los bimbapes, a la propia isla y a sus pobladores naturales habrá que asignar tal condición. «Se cree —dice en una reflexión poética Urtusástegui— que esta Isla era la feliz habitación de la simplicidad e inocencia en otros tiempos».

Si lo fue en tiempos prehistóricos, también lo siguió siendo en la historia, en gran medida. *Le Canarien* empezó diciendo que los habitantes de El Hierro (naturalmente se está refiriendo a los bimbapes) «son gentes de hermosa presencia, tanto los hombres como las mujeres»; y Viera y Clavijo tendrá que decir en el siglo XVIII que en El Hierro hay familias muy honradas «que han conservado su primera pureza, por no haber tenido allí entrada la imaginaria liga de esclavos, negros ni moriscos». Y si bien la isla es pobre —sigue diciendo Viera—, el terreno peñascoso y el agua escasa, el país es muy sano y sus hombres «sólo tienen medianas conveniencias, pero ningún lujo; cortas comodidades, pero pocos deseos».

En la isla de El Hierro nunca hubo lo que se dice riqueza. Y menos ostentación. Los hombres que han vivido en la isla han tenido que procurarse el alimento con mucho trabajo y sudor, han tenido que buscar el agua con esfuerzos y trabajos indecibles y han tenido que arrancar la piedra del matorral para hallar un poco de suelo cultivable. Pero han sido honrados en su poquedad, perseverantes en sus principios y felices con su tierra. No sería ésta la que mereció para todas las Canarias el título de Islas de la Fortuna, pero sí que fue ella la Isla de los Bienaventurados.